



EL TENDEJÓN CON EL NÚMERO DE SIETE

Mi nombre es John Carter y hace poco ha sido mi cumpleaños. Soy profesor de lengua española y de historia, en la Universidad de Londres. Mi tatarabuelo fue un inventor famoso y gracias a él he tenido una aventura inolvidable, sobre de la que les voy a hablar.

Era el año 1902, una tarde, yo quería disfrutar de mi tiempo libre con una taza de té y con un buen libro. Busqué en mi biblioteca familiar algo que me interesara. En el estante superior me llamó la atención un libro desgarrado, que nunca había visto, lo cogí en mis manos y soplé el polvo que tenía. Me senté a tomar el té y lo abrí. Descubrí que trataba de apuntes sobre inventos e investigaciones de mi tatarabuelo. Las páginas me interesaron tanto, que no me di cuenta que ya había anochecido y el té se había enfriado. El libro estaba lleno de misterios y me puse a examinarlos. En la página 54 descubrí que en la casa se encontraba una habitación secreta que hasta ahora, excepto mi tatarabuelo, nadie conocía, y no parecía difícil de encontrar.

Cuando llegué a la habitación secreta, no vi nada, todo estaba oscuro. Así que me volví para buscar una lámpara de queroseno. Al ver la habitación iluminada, se me cortó la respiración y se escuchaban los latidos de mi corazón, porque estaba muy emocionado. Era increíble, tantos secretos, sobre los que durante tantos años nadie había sabido. En las paredes se encontraban varios dibujos y planos técnicos, que a primera vista no entendí nada. Alrededor de los bordes de la habitación había diversas invenciones mecánicas que fueron construidas por mi tatarabuelo. En el centro de la habitación había algo oculto debajo de una sábana blanca. No lo dudé y quité la sábana. Por todas partes se levantó el polvo y yo empecé a toser. Cuando el polvo se posó, vi algo increíble, la máquina del tiempo sobre la que había leído, en los apuntes de mi tatarabuelo.

Tardé muchos meses en descubrir como el monstruo de latón funcionaba, hasta que un día tomé la decisión de probar la máquina. Según los dibujos y los apuntes en el libro, me hacía falta un reloj redondo pequeño de cadena, que debía ser conectado con la máquina del tiempo. De acuerdo con el dibujo del reloj que había en el libro, descubrí que se trataba de un reloj que hacía muchos años me dio mi abuelo y me dijo que debía de ser heredado de generación en generación. Busqué en todos los cajones de mi escritorio y al fin en el último cajón lo encontré. Ahora tenía todo lo necesario para poder probar la máquina del tiempo.

Me vestí mi mejor traje, me calcé mis "oxfords" sin punteado y me senté en el sillón de cuero de la máquina del tiempo. En el panel de mandos que estaba delante de mí, tuve que poner la época a la que quería viajar, así que puse 6 de mayo de 1847 (fecha en la que nació mi padre). En el lado derecho del panel de mandos se encontraban las coordenadas geográficas que ya estaban ajustadas, así que, no las cambié; dejándome sorprender por el lugar donde me llevarían. Me puse las gafas redondas y puse el reloj, sólo para cinco horas, porque no quería pasar más tiempo en el mundo desconocido. A mano izquierda, había una palanca de latón, tiré de ella y la máquina del tiempo empezó a funcionar.

Después de poco rato, aparecí en un lugar desconocido. La máquina del tiempo de mi tatarabuelo había funcionado perfectamente. Encontré a mucha gente que

andaba, otros que iban montados en carrozas y niños pequeños correteaban; todos ellos vestidos con sus trajes típicos de época. Cuando miré alrededor, noté que me encontraba en la plaza que conocía sólo por haberla visto en una tarjeta postal antigua. Me di cuenta de que estaba de pie en la Plaza de la Reina, delante de la Catedral de Santa María, en Valencia. No podía creer lo que veían mis ojos. El aire era tan fresco y limpio y no sabía a donde ir primero.

Pasé alrededor de la enorme catedral, donde las campañas acababan de dar las doce y me di cuenta de que tenía que controlar el tiempo, ya que en menos de cinco horas tendría que estar de vuelta en el mismo lugar, como había leído en el libro. Caminé por la calle de Barcella hasta llegar a una pequeña plaza, llamada de la Almoina, donde me llamó la atención la fila de naranjos florecidos e inmediatamente tuve ganas de comer mermelada de naranjas de mi madre. Debía de tener precaución para no perderme, por eso no fui demasiado lejos en mi paseo por las calles de la ciudad. Mientras paseaba por las calles me encontré con muchas personas que me miraban de forma extraña, no las culpé, el traje de mi sastre londinense era un poco diferente de la moda local.

Todavía me faltaba una hora para volver a mi casa, estaba emocionado por tantas nuevas impresiones. Sin embargo poco a poco tenía que volver hacia la catedral; pero no quería ir por el mismo camino y por eso giré hacia una calle tranquila, en concreto, la calle de los Avellanos. Después de pocos metros, me llamó la atención un tendejón con el número siete, era una librería muy pequeña. Como amante de los libros, sentí la necesidad de entrar, al abrir la puerta, sobre mi cabeza tintineó una campanilla áurea, observé que en los estantes de madera había una gran cantidad de libros (para ser un tendejón tan pequeño), además, me encantó el típico olor de los libros. En ese momento me habló una voz muy agradable; nunca había escuchado una melodía tan dulce. Como profesor de lengua española, podía responder al saludo de la señorita, pero primero me di una vuelta para ver a quién pertenecía la voz. Vi una joven hermosa que me sonreía, tenía el pelo largo y negro, recogido con una trenza y su piel era morena. Mi corazón empezó a palpar, mi lengua se entumeció y no pude responder, cuando me preguntó qué era lo que deseaba. En ese momento, me di cuenta de que me quedan sólo unos pocos minutos para tener que volverme y como un cobarde huí.

Sólo unos segundos antes de la hora del regreso, llegué corriendo a la plaza de la catedral, me puse a esperar en tensión, porque no sabía si el reloj me llevaría a vuelta de casa; en ese momento me mareé y después de un rato me desperté en el sillón de cuero en la habitación secreta de mi casa. Esa noche no pude dormir, pensaba constantemente en lo que había visto y principalmente en la bella bibliotecaria desconocida. Sin embargo, unos minutos después me dormí. Cuando me desperté, a la mañana siguiente supe que tenía que volver, no me atraían lugares nuevos, deseaba volver a conocer más Valencia.

Desayuné muy rápidamente y en la máquina del tiempo puse un día después del que había puesto ayer, es decir, el 7 de mayo de 1847. Pensé que seguramente la bibliotecaria se acordaría de mí. Después de unas pocas vueltas, otra vez me encontré en la Plaza de la Reina, pero esta vez en el reloj puse una hora más que el

día anterior. Rápidamente me encaminé hacia la pequeña librería, pero tuve una primera decepción, ya que la librería todavía estaba cerrada. Yo no sabía que iba a hacer, pero en ese momento me di cuenta que no quería conocer Valencia si no a la señorita misteriosa. Para hacer tiempo a que abrieran la librería, fui de un sitio a otro. Luego la vi entrar en la tienda y fui detrás de ella.

Cuando entré en la tienda me hizo feliz que ella se acordara de mí, estuvimos durante tres horas charlando y comprobé que teníamos mucho en común, ya que hablamos de libros e historia, entre otras cosas. Sentí que pertenecía totalmente a esa época. A veces alguien entraba al tendejón para comprar un libro y teníamos que parar nuestra conversación. Al terminar mi tiempo y tener que irme hacía la plaza, la bibliotecaria me sugirió que al día siguiente me podría mostrar toda la ciudad de Valencia, ya que su tendejón estaría cerrado, con lo cual yo estuve de acuerdo.

Al día siguiente, puse otra vez un día más en la máquina, es decir 8 de mayo de 1847. Tenía mucha impaciencia por verla y esta vez en el reloj puse ocho horas. La señorita ya esperaba delante de su tendejón. Sentí que era nuestra primera cita y yo me estaba enamorando, incluso, me di cuenta de que me había comportado como un tonto, porque no le había preguntado su nombre y tampoco lo sabía, pero eso se arregló y me descubrió que tenía un nombre precioso, Elisa. Así, ella y yo nos fuimos a pasear por Valencia.

Lentamente íbamos a la plaza, donde se encontraba la catedral, cuyo interior era más bonito que la parte exterior. Elisa sabía explicar muy bien todo lo que veíamos mientras paseábamos por todo el centro desde las torres de los Serranos, diversas plazas donde había mercados locales, tiendas pequeñas y cafés, hasta la Casa de la Enseñanza sobre la que me dijo que estaba en construcción desde hacía casi ochenta y nueve años, pero que aún no estaba terminada; imaginé que en mi época ya estaría construida en su totalidad. Hacía mucho sol y ya estábamos muy cansados. Para ese momento yo iba preparado, ya que en mi casa había buscado en mi colección algunos billetes y monedas de esa época. Buscamos una cafetería pequeña cerca de la plaza de la Reina y la invité a tomar un café y un pastel. Era un ambiente muy acogedor. Por todas partes se podían oler las flores de naranjos y yo la miraba con ojos de enamorado. El tiempo poco a poco se iba terminando y otra vez teníamos que despedirnos. Le prometí que sin duda volvería por su tendejón, pero que no podría al día siguiente porque como profesor de universidad tenía obligaciones, así que le di un beso en la mano y me fui.

En casa los días pasaban muy lentamente. Cuando impartía mis clases en la universidad, no podía concentrarme, porque pensaba todo el tiempo sólo en ella y en estar a su lado hablando y paseando. A pesar de que tenía muchas oportunidades, gracias a la máquina del tiempo, de visitar cualquier lugar, no me atrajo ningún otro ya que el único viaje para mí era visitar a Elisa.

Todos los días que tuve libres de mi trabajo en la universidad, iba a Valencia. Cada vez prolongaba más el tiempo en el reloj, aunque nunca podía pasar más de quince horas fuera de casa. Regularmente visitábamos nuestra cafetería favorita y pasábamos mucho tiempo en el tendejón entre los libros. Sin embargo llegó el momento en el que tuve que decirle la verdad, a pesar de que creía que ya sabía algo.

Mis salidas repentinas, visitas inesperadas, comportamiento extraño y mi estilo curioso de moda le decían mucho. Cuando le expliqué todo, le fue difícil de comprender pero no imposible. El tiempo pasó muy rápidamente y parecía que mi casa estaba en Valencia y no en Londres. Decidimos que nos quedaríamos juntos en Valencia, para ello yo volvería a Londres a fin de resolver cosas de la universidad y despedirme de mi familia. Después regresaría con ella y rompería el reloj y no volvería a Londres.

En Londres hice todas las cosas necesarias, vendí algunas colecciones y le dije a mi familia que no nos veríamos en un montón de tiempo. Después corrí rápidamente a mi casa para sentarme en la máquina y viajar por última vez el tiempo. Por el pasillo, mientras caminaba hacia la habitación secreta, tropecé y el reloj se cayó rompiéndose en mil trozos. Traté de arreglarlo, pero fallé. Durante toda la semana, era como un cuerpo sin alma e iba por todas relojerías para que alguien me lo arreglara, pero nadie conocía este tipo de mecanismo. Busqué en los libros que había en toda la habitación secreta, pero excepto el dibujo en el libro, no encontré nada. Pensaba en lo que creería Elisa, porque no me había presentado. Seguramente creería que era un estafador y un mentiroso, pero yo la amaba. Pasaron los días y sabía que todo estaba perdido y lo único que podía hacer para verla era tomar el tren y viajar a Valencia. No sabía si me recordaría, porque desde nuestro último encuentro, para ella ya habían pasado cincuenta y cinco años y para mí sólo pocos días. No sabía si la encontraría y tenía miedo de que ella se fuera.

Cuando llegué a Valencia, todo era diferente, pero mis pasos caminaron sólo a un sitio, la calle de los Avellanos; tenía miedo de que la librería pequeña ya no existiera. Desde lejos vi el escaparate tallado como yo lo había conocido, excepto el letrero que en lugar de librería era anticuario, no había cambiado nada más. Cuando abrí la puerta, mi corazón empezó muy rápidamente palpar y de repente encima de mi cabeza oí el sonido famoso de la campanilla áurea. Su tintín me tranquilizó y entré al tendejón. Detrás del mostrador había una señorita joven que era muy parecida a Elisa, aunque no tenía el pelo tan oscuro. Me saludó y me sonrió. En el rincón derecho debajo del estante más grande, estaba sentando en un sillón una señora vieja que estaba leyendo un libro. La miré y reconocí que se trataba de mi Elisa, sus ojos eran hermosos como antes, pero su cara se había marchitado y su bonito pelo había cambiado de color. Cuando respondió a mi saludo la joven, la mujer más mayor me miró y de sus ojos empezaron fluir las lágrimas, en ese momento supe que me había reconocido.